

Comentario al evangelio del viernes, 11 de febrero de 2011

Queridos hermanos:

Una confusión lingüística ha trastocado la geografía del evangelio de Marcos, pues el camino de Tiro hacia la Decápolis y el lago de Genesaret no va “por Sidón” (en arameo beSaida), sino por Betsaida. Los escritos bíblicos son plenamente divinos y plenamente humanos, expuestos también a estos lapsus.

Una constante del evangelio de Marcos es la victoria de Jesús sobre los “espíritus impuros”, que frecuentemente tienen al hombre atezado y privado de libertad. Nos es difícil conectar con la mentalidad de aquella época, según la cual la mayor parte de las enfermedades eran interpretadas como fruto de un influjo diabólico, a veces verdadera posesión. Hoy tenemos otros conocimientos médicos, y también una “sana secularidad”, enseñada incluso por el Vaticano II, y no debemos buscar causas sobrenaturales o extraterrestres cuando cabe explicación natural o una normal “etiología” de la “patología” en cuestión, que dice la jerga especializada. Jesús ya evitó una respuesta “retribucionista” simplona cuando le preguntaron si había pecado el ciego o sus padres; y Mt 17,15 sustituye la acción de un “demonio mudo” (Mc 9,17) por un influjo astral: “mi hijo es lunático”.

La fe en la Palabra de Dios no nos pide que renunciemos a los logros científicos; más bien nos estimula a seguir avanzando; **“al entrar en la iglesia hay que quitarse el sombrero, pero no la cabeza”**, decía Chesterton. En realidad, lo mismo da que el origen de la enfermedad sea controlable o no; lo que el evangelio inculca es que **Jesús, la insuperable presencia de Dios en nuestro mundo, no se resigna ante el sufrimiento humano, sino que lo combate y elimina.**

Jesús pasó por el mundo sembrando esperanza, y enseñando a los suyos a que la contagiasen. El mundo nuevo, eso que él llama “*el Reino de Dios*”, se hacía ya palpable en su acción sanadora. Él no puso fin absoluto al sufrimiento humano, que sigue siendo nuestro molesto compañero de camino; pero dejó la historia definitivamente orientada hacia un glorioso “punto omega”, que supera “lo que el ojo vio, el oído oyó, o subió a la imaginación humana (1Cor 2,9). San Pablo dice que la creación, “sometida a la vanidad”, espera ansiosa la glorificación del hombre para participar también ella de esa misma gloria (Rm 8,21). Y las últimas páginas del Nuevo Testamento muestra anticipadamente “un cielo nuevo y una nueva tierra”, que se identifican, y en ellos “Dios enjugará las lágrimas de nuestros ojos y ya no habrá muerte” (Apc 21,1-4). No son los “autobuses teológicos”, descreídos o creyentes, la palabra más autorizada para librarnos de ansiedades e invitarnos a gozar de la vida. **La palabra y la acción de Jesús tienen una fuerza persuasiva insuperable.**

Vuestro hermano
Severiano Blanco cm

Severiano Blanco cmf

Publicado en Ciudad Redonda
www.ciudadredonda.org